

La investigación en el país y en la universidad: una política de estado que no podemos esperar más.

El país atraviesa por un ciclo sostenido de crecimiento económico y comprensiblemente, existe entre nosotros un sentimiento de optimismo generalizado con respecto al futuro.

Sin embargo, hay voces que advierten insistentemente de la necesidad de ser realistas y de evitar falsas complacencias. Nos hablan de la urgencia de desprendernos del paradigma de país exportador de materias primas que nos caracteriza y dar paso a un proceso de industrialización, de promoción de la creatividad y de la innovación, para lo cual inevitablemente hay que conceder real importancia a la inversión sostenida en el recurso humano, en todos sus niveles y en todas sus etapas de vida.

Hay quienes señalan que es el lamentable estado del sector público, burocrático y mediocre, el que atenta contra un crecimiento sostenido que nos pueda llevar de manera firme e irreversible a un derrotero de país desarrollado. En estos días se discute la necesidad de una reforma de este sector, con el objetivo de hacerlo más eficiente, promoviendo la meritocracia. Sin duda, soltar las trabas persistentes en este sector y promover una carrera pública basada en la excelencia es una reforma fundamental que no puede esperar. Sin embargo, no es menos cierto que esta reforma legal tiene que estar acompañada de la promoción activa del capital humano. Si no forjamos generaciones nuevas de ciudadanos conscientes de sus derechos y sus deberes, creativos e innovadores, que hayan tenido las oportunidades de desarrollar todo su potencial humano e intelectual, cualquier reforma será insuficiente.

La historia nos recuerda una y otra vez que no hay civilización floreciente en la que no se haya promovido activamente el desarrollo de las ciencias, la filosofía y las artes. Empero, en nuestros tiempos, pareciera que aquellos que tienen las riendas del país perciben a éstas como aspectos accesorios, que incluso se pueden alquilar en el extranjero. Nada más falso y peligroso. Promover las ciencias, la filosofía y las artes permite el desarrollo de la creatividad de las personas, abre el camino para la generación de conocimiento y tecnología. Sin embargo, es una inversión cuyos frutos hay que esperar con paciencia. Lograr que este mensaje sea adoptado entusiastamente por todos los sectores, incluyendo a los que toman decisiones políticas, al sector privado y a la ciudadanía, es una tarea importante, que requiere una prédica y un ejemplo persistentes, dondequiera que uno lleve a cabo sus actividades diariamente.

En lo que concierne al campo de la salud, la investigación es ciertamente indispensable, tanto desde la perspectiva clínica, que tiene que ver con los pacientes individuales, como desde la perspectiva de la epidemiología y la salud pública, que tienen que ver más bien con la salud de poblaciones enteras.

En el caso de la medicina clínica, fortalece las decisiones clínicas y permite practicar y enseñar una medicina de mejor calidad, más eficiente y más humana. Para ello es importante estar al tanto de la producción científica global, pero es tanto o más importante generar conocimiento propio, basado en los problemas clínicos que se enfrenta cotidianamente en nuestro medio. Este tipo de práctica y enseñanza de las ciencias de la salud nos hace mejores profesionales. Desafortunadamente, hemos prestado más atención al consumo de la literatura científica mundial, lo cual sin duda es bueno, pero no hemos enfatizado lo suficiente en la necesidad de generar conocimiento propio.

En el área de la epidemiología y la salud pública, la investigación es fundamental para brindar un soporte adecuado a decisiones que afectan millones de vidas. Aquellos que toman decisiones sobre políticas públicas en la salud requieren de insumos basados en sólida evidencia científica. Y son los investigadores quienes tienen que generarla y proveérsela. De lo contrario, se pueden tomar decisiones equivocadas o tardías, en desmedro de incontables vidas humanas. Por ejemplo, la polémica actual sobre la necesidad de implementar la vacunación de los recién nacidos y de las gestantes contra la tos ferina o la necesidad de implementar la vacuna antipolio parenteral en lugar de la oral son apenas dos ejemplos en los que la investigación tiene mucho que aportar para mostrar el costo, la efectividad y el impacto de una u otra decisión. Pero es claro que no basta con generar el conocimiento a través de la investigación. Hay que aprender el lenguaje y el estilo adecuados para transferir de manera convincente los mensajes claves a aquellos que debieran hacer uso de dicho conocimiento para aplicarlo en el desarrollo e implementación de políticas públicas que resulten en un real y mensurable efecto positivo en la calidad de vida y de salud de la población.

En el terreno de la salud del niño, además de las investigaciones clínicas y epidemiológicas dirigidas a las diferentes etapas que conciernen tradicionalmente a la pediatría, la percepción de que el ser humano es consecuencia de una serie de experiencias cotidianas acumulativas que se inician antes de la concepción y continúan a todo lo largo del ciclo vital, le ha conferido a la pediatría renovados aires y una oportunidad única de contribuir a la vida y a la salud de los individuos y de las poblaciones con la generación de conocimiento clave sobre los determinantes precoces del estado de salud posterior, del desarrollo intelectual y la productividad social y sobre los factores de riesgo para el desarrollo de enfermedades crónicas y mentales en etapas posteriores de la vida.

TAhora, como probablemente pocas veces o nunca antes en la historia más reciente de nuestro país, estamos en inmejorable situación para impulsar un proyecto nacional que cuide con entereza y lucidez a sus ciudadanos, que invierta en ellos, que les ofrezca condiciones óptimas de vida, que les provea de una educación de calidad y no la penosa caricatura de ella que se imparte dondequiera que miremos, desde la educación inicial hasta la universitaria. Requerimos políticas de estado para invertir agresivamente en investigación, innovación, ciencia y tecnología, pero también en el desarrollo de las humanidades y las artes. Por lo menos igual o mayor lucidez requerimos de aquellos que dirigen las universidades. No podemos ser complacientes con la penosa situación en la que se encuentran crónicamente. En las aulas universitarias se mira a menudo, con displicencia y hasta con cierto desprecio las actividades de investigación, tanto entre los docentes como entre los estudiantes. Eso debe cambiar y sin más demora. En ello se juega en buena medida nuestro futuro como nación.

Dr. Luis Huicho Oriundo

*Profesor de Pediatría, Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Universidad Peruana Cayetano Heredia
Jefe del Servicio de Medicina C, Instituto Nacional de Salud del Niño,
Lima, Perú
Correo Electrónico: lhuicho@gmail.com*